

## MOBUMBA-MOBUMBA

Era una tarde yubiliscente de hospital en la que Román andaba trontoneando sin saber qué hacer. Su cuerpo de camelibronte, antaño robusto, se encontraba ya rostullido. En la cabeza le bullían ideas dosímedas. Y aquel sonido, siempre aquel sonido «mobumba-mobumba».

—Román, me has asustado, viejo-loco-altráfgo. ¿Qué haces aquí con una pala? Vete. Gritaré como un pistarrachu histérico. ¡¿Qué llevas en la solapa?! Sabes que es mi gálason de plata, ¿no dices nada, te ha comido la lengua un cuscupio?

—Mobumba-mobumba

—¡No, para, Román!

—Lalita,lalita, ya no volverá a hablar Carmencita. Me gustan las tormentas persofónicas, las ventanas brillan con la lluvia abarlinada en los cristales. Si quieres, quédate atramujentada en el suelo. ¿Qué? Siento que tengas la cabeza cristillada pero hay que peinar. Vas a quedar como una de esas rampachicotas de porcelana con tirabuzones.

Un trueno galofásico hizo estremecer a Román. Alguien conmoferó el interruptor del pasillo y él se incorporó peliante sosteniendo la pala con manos rígidas y visutas.

—Carmen, soy yo, Javier. He oído un grito y me he acercado...¡Román!

—Mobumba-mobumba

—¡Dios mío, Carmen!...un médico, a la 27, en la segunda...¡Román, qué demonios...!

—Lalita, lalita, ya no volverán a hablar ni Javier ni Carmencita —Román miró a Javier y Carmen de sospén, ambos parecían dos extraordinarias polillas blanquecinas teñidas de rojo cantalanu.

Hoy también es uno de esos días yubiliscentes en los que uno anda trontoneando de acá para allá.

—A ver, perla, apártate de los barrotes y que yo te vea, voy a entrar. Te traigo esta bazofia blanca que tanto te gusta...

—Mobumba-mobumba